

alhago del amor, como ciertas flores al blando rayo de la luna, aquella ausencia que era tan natural, pero que ella no esperaba, vino á herir su amante corazon! Se creyó abandonada, burlada por Ricardo, y solo halló consuelo cuando éste, aprovechando un momento oportuno durante la tarde, le confió sus deseos y sus esperanzas.

Ya entonces no calló Mercedes; venciendo todo encojimiento, de aquella alma enamorada, salió á torrentes la espresion de su tiernísimo afecto. Se juraron mútuo cariño, se prometieron vivir el uno para el otro, y el ángel de los púdicos amores sonrió de placer.

III.

Dos meses habian corrido desde que ambos amigos, abandonando las delicias del cafetal *Armonia*, habian vuelto á continuar sus tareas universitarias. Dos meses durante los cuales Ricardo esperó inútilmente saber la venida de Mercedes á la Habana. En este tiempo habia escrito diversas ocasiones á don Márcos, pero cartas de pura cortesía, y sus respuestas ninguna luz le daban sobre el particular. Solo habia sabido por Carlos que Mercedes estaba delicada de salud, y que se esperaba su completo restablecimiento para realizar el viaje. ¡Cuan-

to sufrió Ricardo con aquella noticia! Mil veces estuvo á punto de marchar al cafetal, descubrir su amor á los padres de Mercedes, y pedirles de rodillas le permitiesen permanecer allí, salvarla ó morir con ella; pero despues conocia lo ridículo de semejante proceder, y se consolaba haciendo votos por la salud de su amada.

Así pasó otro mes: una mañana entró Cárlos en su cuarto, demudado y sombrío contra su costumbre.

—Te vengo á decir adios, le dijo.

—¿Te marchas? dónde bueno? preguntó Ricardo.

—Me voy al cafetal, Mercedes está mala, muy mala.

Sacó entonces una carta del bolsillo y al leyó: en ella anunciaba don Márcos á su hijo que la enfermedad de Mercedes, que al principio se crevó muy lijera, se agravaba cada dia, terminando por decirle que segun la opinion de los médicos el peligro era inminente.

Si un rayo hubiera caido á los piés de Ricardo, no hubiera sido tan terrible la impresion que éste habria experimentado.

Se puso pálido, toda su sangre se agolpó á su corazon, costábale trabajo aspirar el aire á su angustiado pecho, y sus ojos turbados no distinguian ni el mismo rostro amigo que tenia delante. Al fin, despues de un rato, exhaló un hondo gemido y radientes lágrimas quemaron sus mejillas.

Depositó su secreto en el seno de Cárlos, de Cárlos que buscaba consuelo á su dolor, y que tenia que prestarlo á otro dolor mas profundo.

—Partiremos juntos, le dijo: ella me espera y si te vé llegar solo, creerá que la olvidé.

Una hora despues aquellos dos jóvenes que la amistad unió con lazos que la desgracia estrechaba mas y mas, seguian en veloces caballos el camino de Alquizar.

En aquellos tres meses la enfermedad que minaba sordamente la vida de Mercedes, habia hecho violentos estragos.

Su cuerpo se habia demacrado extraordinariamente, la estrema palidez de su rostro dejaba ver sus venas azuladas, á cada momento accesos de una tos convulsiva dibujaban en sus labios una línea sangrienta. Pasaba las noches en doloroso insomnio, y junto á su lecho su pobre madre velando tambien, veia como gradualmente iba la muerte quebrantando aquel pedazo de su alma. Los médicos desesperanzados ya, solo trataban de alargar cuanto fuese posible la vida del ángel. En aquella casa morada, poco antes del contento, de la tranquilidad, reinaba el silencio de los sepulcros. ¡Ni una alegría en los corazones, ni una risa en los labios! El dolor del padre era un dolor sombrío. Sentado en el cuarto de Mercedes, pendiente á sus menores movimientos, parecia que esperaba que el alma de su hija abandonara su envoltura material, para que la suya se lanzara en su seguimiento. Los mismos esclavos, de quienes Mercedes habia sido el amparo y el

consuelo, venian á la vuelta del trabajo á preguntar por ella y á llorar en seguida.

Mercedes se sentia morir, sabia la triste historia de sus hermanas, y la pobre niña lloraba cuando rendida su madre por el sueño, no podia sorprender las lágrimas en sus ojos. El recuerdo de Ricardo venia á acibarar mas su dolorosa pena. ¡Sabia él su enfermedad? Si la sabia ¿cumplia así sus juramentos? ¡La habia olvidado ya? —No era posible; confiaba en el amor de Ricardo, y queria vivir.

En la pared, frente por frente de su lecho, habia un cuadro con la imájen de su santa patrona, y á ella tornaba la niña sus ojos enrojecidos y en silenciosa súplica le pedia gracia por su vida. Queria vivir, porque esperaba volver á ver á Ricardo, esperaba volver á oír su acento enamorado. En una de aquellas noches de insomnio en que su tierna madre la consolaba, Mercedes le abrió su corazon, le confió su amor á Ricardo, y la aprobacion de doña Clara vino á santificar su cariño. Pronto lo supo tambien don Marcos, y el alma candorosa de Mercedes, se libró del grave peso de haber

tenido un secreto para sus padres, en tanto que se llenó de alegría al saber que estos no desaprobaban su elección.

Pero ¡ay! que la muerte velaba también!.....

VI

Cárlos y su amigo llegaron al cafetal y se estremecieron al contemplar un cuadro doloroso que presentaba aquella familia desolada. Don Márcos, que á su llegada salió por un momento de su decaimiento, tuvo con Ricardo algunos instantes de conversación....

Ricardo era ya el prometido de Mercedes.

Los dos amigos penetraron en aquel aposento, santuario vedado hasta entonces á las miradas de los estraños. Allí, tendida

en el lecho, mas blanca que las ropas que la cubrian, doliente y conteniendo sus gemidos, estaba Mercedes. Ricardo pensó morir. Ella tornó sus lánguidos ojos á los recién llegados, y una sonrisa afectuosa se dibujó en sus labios.

—Que distinta me encuentran ustedes, dijo, y les tendió sus manos blancas y enflaquecidas. Carlos volvió el rostro para ocultar las lágrimas que se agolpaban á sus ojos, Ricardo tomó la mano que se le tendía y la cubrió de besos.

—Pero hoy me siento bien, mamá, no tengo fiebre y quiero levantarme.

Los médicos habian prohibido que la contradijeran. Por la tarde dejó Mercedes el lecho y salió á la sala. Su cuerpo descarnado se envolvía en una blusa blanca que ceñía á la cintura un listón negro. Estaba pálida, pero sus ojos tenían un brillo desusado, sus labios sonreían y una leve tinte de rosa se esparcía por su semblante angelical.

Era que se engalanaba para recibir á su prometido. Los pobres llegaron á concebir alguna esperanza.

Quiso tocar el piano, se sentó á él, y sus dedos mas blancos que el marfil de las teclas, preludiaron aquel dulcísimo:

Oh! bello, á me ritorna . . .

De repente sus ojos se inundaron en lágrimas, dejó el piano, y volvió á su aposento.

Aquella noche Ricardo escribió á la Habana, pidió sus libros, é hizo venir á un médico acreditado.

Creía que podía salvar aún á la amada de su corazón. El estudiante aventajado, que sabia desde donde empieza la ciencia á ser un sarcasmo, tenía esperanzas aún!

El médico despues de tratar inútilmente de consolar á aquellos para quienes no habia consuelo humano, regresó á la Habana. ¡Todo estaba perdido!

Mercedes se moría: algunos meses, en tanto que duró el verano, su vida fué con-

sumiéndose lentamente; pero á fines de Octubre sopló el *viento del norte*. Una tardecita, cuando el sol moria en occidente y la luna empezaba á levantarse, exhaló su último suspiro, mientras rodeaban su lecho de rodillas, sus padres, su hermano y su prometido esposo!

Los pobres negros lloraban en el portal de la casa de vivienda, ¡habian perdido su ángel tutelar!

Dos años despues, la Habana filarmónica, corria en tropel una noche de Noviembre á oir la *Norma* que cantaban en el gran teatro de Tacon Marini, Salvi y la *Bina* Stiefanone. La garganta de cristal de la celebrada *primadonna*, brotaba torrentes de armonía; *Norma* pisaba sobre flores, y los aplausos frenéticos del público entusiasmado, la interrumpian á cada momento. Cantó el majestuoso *andante* de la *Casta Diva*

preludió la orquesta el *ritornello* y la sublime artista entonó el suavísimo *allegro*.

Oh! bello, á me ritorna....

De repente de un palco segundo salió un ahogado sollozo, y un jóven de dos que le ocupaban, cayó desmayado.

Era Ricardo Anzúrez que desde la muerte de Mercedes vivia sin consuelo. Una semana despues Cárlos tributaba al cadáver de su amigo el postrer homenaje!

FIN.